

FILOSOFIA,
LETRAS Y ARTE



VARADO SINDBAD

por GILBERTO OWEN

*Encontrarás tierra distinta de tu
tierra, pero tu alma es una sola
y no encontrarás otra.*

SINDBAD EL MARINO

*Because I do not hope to turn again
Because I do not hope
Because I do not hope to turn.*

T. S. ELIOT

1, el naufragio.

Esta mañana te sorprendo con el rostro tan desnudo que
(temblamos;
Sin más que un aire de haber sido y solo estar, ahora,
Un aire que te cuelga de los ojos y los dientes,
Correveidile colibrí, estático
Dentro del halo de su movimiento.
Y no hablas. No hables,
Que no tienes ya voz de adivinanza
Y acaso te he perdido con saberte,
Y acaso estás aquí, de pronto inmóvil,
Tierra que me acogió de noche naufrago
Y que al alba descubro isla desierta y árida;
Y me voy por tu orilla, pensativo, y no encuentro
El litoral ni el nombre que te deseaba en la tormenta.

Esta mañana me consume en su resollo la conciencia

(de mis llagas;

Sin ella no creería en la escalera inaccesible de la noche

Ni en su hermoso guardián insobornable:

Aquí me hirió su mano, aquí su sueño,

En Emel su sonrisa, en luz su poesía,

Su desamor me agobia en tu mirada.

Y luché contra el mar toda la noche,

Desde Homero hasta Joseph Conrad,

Para llegar a tu rostro desierto

Y en su arena leer que nada espere,

Que no espere misterio, que no espere.

Con la mañana derogaron las estrellas sus señales y sus leyes

Y es inútil que el cartógrafo dibuje ríos secos en la palma

(de la mano.

2, *el mar viejo.*

Varado en alta sierra, que el diluvio

Y el vagar de la huída terminaron.

Te ascendieron a cielo, mar, y a turbios,

Y lentos nubarrones a tu oleaje.

Por tu plateada orilla de eucaliptos

Salta el pez volador llamado alondra,

Mas yo estoy en la noche de tu fondo

Desvelado en la cuenta de mis muertos:

El Lerma cenagoso, que enjugaba

La desesperación de los saúces;

El Rímac, sitibundo entre los médanos;

El helado diamante del Mackenzie

Y la esmeralda sin tallar del Guayas,

Todos en ti con mi memoria hundidos,

Mar jubilado cielo, mar varado.

3, al espejo.

Me quedo en tus pupilas, sin convite a tu fiesta de fantasmas.
Adentro todos trenzan sus efímeros lazos,
Yo solo afuéra, y sin amor, mas prisionero,
Yo, mozo de cordel, con mi lamento, a tu ventana,
Yo, nuevo triste, yo, nuevo romántico.

Dentro de ti, las nupcias de hielo al sol del árbol y la nube,
Pareadas risas que se pierden por perdidos senderos,
La inevitable luna casi líquida,
El agua rota en trinos y en su música un lirio y una abeja
Y en su agujón tu anhelo de olvidarme. (en su estigma)

Yo, en alta mar de cielo
Estrenando mi cárcel de jamases y siempre.

Dentro de ti, la casa, sus palmeras, su playa,
El mal agüero de los pavos reales,
Jaibas bibliopiratas que amueblan sus guardas con mis versos,
Y al fondo el amarillo amargo mar de Mazatlán
Por el que soplan ráfagas de nombres.
Mas si gritan el mío responden muchos rostros que yo no conocía
O que borró una esponja calada de minutos,
Como el de ese párvulo que esta noche se siente solo e íntimo
Y que suele llorar ante el retrato
De un gambusino rubio que se quemó en rosales de sangre
(al mediodía).

4, almanaque.

Todos los días 4 son domingos
Porque los Owen nacen ese día,
Cuando él, pues descansa, no vigila
Y huyen de sed en sed por su delirio.

Y, además, que ha de ser martes el 13
En que sabrán mi vida por mi muerte.

5, *Virgin Islands.*

Me acerco a las prudentes Islas Vírgenes
(La canela y el sándalo, el ébano y las perlas,
Y otras, las rubias, el añil y el ámbar)
Pero son demasiado cautas para mi celo
Y me huyen, fingiéndose ballenas.

Ignorantina, espejo de distancias:
Por tus ojos me ve la lejanía
Y el vacío me nombra con tu boca,
Mientras tamiza el tiempo sus arenas
De un seno al otro seno por tus venas.

Heloísa se pone por el revés la frente
Para que yo le mire su pensar desde afuera,
Pero se cubre el pecho cristalino
Y no sabré si al fin la olvidaría
La llama errante que me habitó sólo un día.

María y Marta, opuestos sinsabores
Que me equilibraron en vilo
Entre dos islas imantadas,
Sin dejarme elegir el pan o el sueño
Para soñar el pan por madurar mi sueño.

La inexorable Diana, e Ifigenia,
Vestal que sacrifica a filo de palabras
Cuando a filo de alondras agoniza Julieta,
Y Juana, esa visión dentro de una armadura,
Y Marcia, la perennemente pura.

Y Alicia, Isla, país de maravillas,
Y mi prima Agueda en mi hablar a solas,
Y Once Mil que se arrancan los rostros y los nombres
Por servir a la plena de gracia, la más fuerte
Ahora y en la hora de la muerte.

6, el hipócrita.

Este camino recto, entre la niebla,
Entre un cielo al alcance de la mano,
Por el que mudo voy, con escondido
Y lento andar de savia por el tallo,
Sin mi sombra siquiera para hablarme.
Ni voy —a dónde iría?— sólo ando.

Niebla de los sentidos: no mirar
Lo que puede esperarme allí, a diez pasos,
Aunque sé que otros diez pasos me esperan;
Frígida niebla que me anubla el tacto
Y no me deja oírla ni gustarla
Y echa el peso del cielo a mi cansancio.

Este río que no anda, y que me ahoga
En mis virtudes negativas: casto,
Y es hora de cuidarme de mi hígado,
Hora de no jurar su nombre en vano,
De bostezar, al verme en el espejo,
De oír silbar mi vida en el teatro.

7, el compás roto.

Pero esta noche el capitán, borracho
De ron y de silencios,
Me deja la memoria a la deriva,
Y este viento civil entre los árboles
Me sabe amar, me sabe a mar colérico en los mástiles,
A memoria morosa en las heridas,
A norte y sur de rosa de los tiempos.

8, llagado de su mano.

La ilusión serpentina del principio
Me tentaba a morderte fruto vano
En mi tortura de aprendiz de magia.

Luégo te fuiste por mis siete viajes
Con una voz distinta en cada puerto
E idéntico quemarte en mi agonía.

Lascivia temblorosa de las tardes de lluvia
Cuando tu cuerpo balbucía en Morse
Su respuesta al mensaje del tejado.

Y la desesperada de aquel amanecer
En el Bowery, transidos del milagro,
Con nuestro amor sin casa entre la niebla.

Y la pluvial, de una mirada sola
Que te palpó, en la iglesia, más desnuda
Vestida en carmesí lluvia de sangre.

Y la que se quedó en bajorrelieves
En la arena, en el hielo y en el aire,
Su frenesí mayor sin tu presencia.

Y la que no me atrevo a recordar,
Y la que me repugna recordar,
Y la que ya no puedo recordar.

9, llagado de su desamor.

Hoy me quito la máscara y me miras vacío
Y ves en mis paredes los trozos de papel no desteñido
Donde habitaban tus retratos,
Y arriba ves las cicatrices de sus clavos.

De aquel rincón manaba el chorro de los ecos,
Aquí abría su puerta a dos fantasmas el espejo,
Allí crujió la grávida cama de los suplicios,
Por allá entraba el sol a redimirnos.

Iba la voz somnámbula del pecho combo al pecho,
Sin tenerse a clamar en el desierto;
Ahora la ves, quemada y sin audiencia,
Esparcir sus cenizas por la arena.

Iba la luz jugando de tus dientes a mis ojos,
Su llamarada negra te subía de los hombros,
Se desmayaba en sus deliquios en tus manos,
Su clavel ululaba en mi arrebato.

Ahora es el desvelo con su gota de agua
Y su cuenta de negras ovejas descarradas,
Porque no viven ya en mi carne
Los seis sentidos mágicos de antes,
Por mi razón sin guerra entumecida
Y el despecho de oírte: “Siempre seré tu amiga”,
Para decirme así que ya no existo,
Que viste tras la máscara y me hallaste vacío.

10, llagado de su sonrisa.

Ya no va a dolerme el mar,
Porque conocí la fuente.

¡Qué dura herida la de su frescura
Sobre la brasa de mi frente!
Como a la mano hecha a los espinos
La hiere con su dicha la rosa inesperada
Así quedó rendida mi suerte en tu sonrisa.

Ya no va a dolerme el viento,
Porque conocí la brisa.

11, llagado de su sueño.

Encima de la vida, inaccesible,
Negro en los altos hornos y blanco en mis volcanes

Y amarillo en las hojas supérstites de octubre,
Para fumarlo a sorbos lentos de copos ascendentes,
Para esculpir sus monstruos en las últimas nubes de la tarde
Y repasar su geometría con los primeros pájaros del día.

Deabajo de la vida, impenetrable,
Veta que corre, estampa del río que fue otrora
Y del que es, cenote de un Yucatán en carne viva,
Y Corriente del Golfo contra climas estériles,
Y entrañas de lechuzas en las que leo mis augurios.

Al lado de la vida, equidistante
De las hambres que no saciamos nunca
Y las que nunca saciaremos,
Pueril peso en el pico de la pájara pinta
O viajero al acaso en la pata del rokh,
Hongo marciano, pensador y tácito,
Niño en los brazos de la yerma, y vida,
Una vida sin tiempo y sin espacio,
Vida insular, que el sueño baña por todas partes.

12, llagado de su poesía.

Tu tronco de misterio es lo que me apuntala un cielo en ruinas.
Mis ojos solos no podían ya evitarme su caída.
Me enredo en sus raíces de lecturas mal soñadas,
Me agosto en su hojarasca de frustradas invenciones,
Pero tu tronco sobrevive a mis inviernos.

Lo ven por fuera, retorcido, muerto, oscuro,
Pero hay una rendija para fisgar, y miro:

Yo voy por sus veredas claustrales que ilumina
Una luz que no llega hasta las ramas
Y que no emana de las raíces
Y que me multiplica, omnipresente,
En su juego de espejos infinito.
Yo cruzo sin respiro por su aire irrespirable
Que desnuda un prodigo en cada voz con sólo dibujarla
Y en cada pensamiento con sentirlo.

Me asomo a sus inmóviles canales y me miro
De pájaro en el agua o de pez en el aire,
Ahogándome en las formas mutables de su esencia.

13, el martes.

Pero me romperé. Me he de romper, granada
En la que ya no caben los candentes espejos biselados,
Y lo que fui de oculto y leal saldrá a los vientos:

Subirán por la tarde purpúrea de ese grano,
O bajarán al ínfimo ataúd de ese otro,
Y han de decir: “Un poco de humo
Se retorcía en cada gota de su sangre”.
Y en el humo leerán las pausas sin sentido
Que yo no escribí nunca por gritarlas
Y subir en el grito a la espuma de sueño de la vida.

A la mitad de una canción, quebrada
En áspero clamor de cuerda rota.

14, primera fuga.

Por senderos de hienas se sale de la tumba
Si se supo ser hiena,
Si se supo vivir de los despojos
De la esposa llorada más por los funerales que por muerta,
Poeta viudo de la poesía,
Lotófago insaciable de olvidados poemas.

15, un coup de dées.

Alcohol, albur ganado, canto de cisne del azar.
Sólo su paz redime del Anciano del Mar
Y de su erudita tortura.
Alcohol, ancla segura y abolición de la aventura.

16, el patriotero.

Para qué huír. Para llegar al tránsito
Heroico y ruin de una noche a la otra
Por los días sin nadie de una Bagdad olvidadiza
En la que ya no encontraré mi calle;
A andar, a andar por otras de un infame pregón en cada esquina,
Reedificando a tientas mansiones suplantadas.

Acaso los muy viejos se acordarán a mi cansancio,
O acaso digan: “Es el marinero
Que conquistó siete poemas,
Pero la octava vez vuelve sin nada”.

El cielo seguirá en su tarea pulcra
De almidonar sus nubes domingueras,
Pero en mis ojos ha llovido en tántos deplorables paisajes.

La luz miniaturista seguirá dibujando
Sus intachables árboles, sus pájaros exactos,
Pero sobre mi frente no han arado en el mar tántas tinieblas.

La catedral sentada en su cátedra docta
Dictando sumas de arte y teología,
Pero ya en mis orejas sólo habita el zumbido
De un diablillo churriqueresco
Y una cascada con su voz de campana cascada.

No huír. ¿Para qué? Si este dieciséis de febrero borrascoso
Volviera a serlo de septiembre.

17, yo no vi nada.

Mosca muerta canción del no ver nada,
Del nada oír, pues nada es.

De yacer en sopor de tierra firme
Con puertos como párpados cerrados que no azota
La tempestad de un mar de lágrimas
En el que no logré perderme.

De estar, mediterránea charca aceda,
Bajo el sueño dormido de los pinos, inmóviles
Como columnas en la nave de una iglesia desierta
Que pudo ser el vientre de una ballena exagerada.

De llamar a mi puerta y negarme y mirar
Luégo por la ventana que sí estaba yo adentro,
Pero no hubo, no hubo
Quién cerrara mis párpados a tiempo,
Sucesión de naufragios, inconclusos
No por la cobardía de salvarme,
Pues yo llamaba al buitre de tu luz
A que me devorara mis pecados,
Pero mis vicios renacían siempre.

Fueron sueño sin tregua, delirio sin cuartel,
Amor a muerte fueron y perdí.

18, semifinal.

Vi una canción pintada de limón amarillo
Que caía sin ruido de mi frente vencida,
Y luégo sus gemelas una a una.
Este año los árboles se desnudaron tan temprano.

19, Jacob y el mar.

Qué hermosa eres, Diablo, como un ángel con sexo pero
(mucho más despiadada,
Cuando te llamas alba y mi noche es más noche de esperarte,
Cuando tu pie de seda se clava de caprina pezuña en mi
(abstinencia,

Mañana habrá en la playa otro marino cojo.

20, final.

Talvez mañana el sol en mis ojos sin nadie,
Talvez mañana el sol,
Talvez mañana,
Talvez.

Bogotá, 1942.